



La Virgen María, San Joaquín y Santa Ana

Pintó Gregorio Vásquez Ceballos

(Galería de este Colegio Real Mayor)

## Elogio de Vásquez Ceballos <sup>(1)</sup>

Por Juan C. García

Una fausta coincidencia aproxima en este año dos recuerdos seculares. La cronología, joyera de cifras simbólicas, engarza con eslabón de oro la fecha del nacimiento de Bogotá, y la de su hijo más representativo. También la fe y el amor patrio, armonizando ideas, hallan concordancia entre el rito eucarístico que inauguró la fundación dispuesta en nombre de la Cesárea Majestad Católica, y el sacramento que en mayo de 1638 cristianó el alma de un genio destinado a completar por virtud y gracia del pincel, la obra de la espada conquistadora: la propagación de la doctrina evangélica entre los naturales del Nuevo Reino. Misión tan gloriosa estaba oculta en los secretos de lo Alto. Ignorábala Garzón de Tahuste cuando a la puerta de la catedral esperaba la comitiva del bautizo. Tampoco los padres de sangre y de pila, don Bartolomé Vásquez de Varo y Salazar Falcón, barruntarían que en la cabeza del párvulo, bendecida con el agua y el óleo, anidaba una "mens divinior": la herencia de la imaginación andaluza; o que la manecita hundida entre sedas y holandas, habría de asir una varilla mágica para animar con vida inagotable la desnuda superficie de lienzos y muros, embelleciendo los hogares, poblando de iconos los claustros y los templos, exhibiendo a los ojos lo predicado a los oídos, dilatando en suma, por el ámbito de estas tierras el imperio de Jesucristo.

Qué bien elegido está, pues, el lugar sagrado para la recordación del pintor místico! Fue la Religión su numen, que le ofreció tesoros de claridad y de hermosura en el Dogma, en las páginas bíblicas y en las biografías de los Santos. La emoción piadosa, recibida y devuelta, perpetuó en sus imágenes aquella expresión de vitalidad interna en que sólo pudo el candiota: aventajarle. El sensualismo queda ausente de esas facciones recatadas, donde nunca aparece una sonrisa. Acaso el observador profano vea languidez en ellas, sin advertir que ahí se trasluce la placidez de la inocencia, otras veces la dulzura virginal o maternal, el arrobamiento del éxtasis, la nostalgia de un mundo mejor, la serenidad del ascetismo, más atractiva que la calma de los dioses griegos. Insisto en que ahí palpita la intensi-

(1) Discurso pronunciado en la Academia Nacional de Historia.

dad del pensamiento. Las miradas casi siempre absortas en emebeleso inefable, muestran una elación religiosa tan singular y evocadora, que para encontrarla antes de Vásquez, sería menester buscarla en la celda del Beato Angélico.

Logró estos efectos el imaginero con medios sencillos, tal como lo eran según Beethoven, los recursos del músico Haendel, o las galas del estilo de Jencfonte. Es el dueño de la mesura. Su temperamento, poco afortunado en la representación de batallas, esquivo de ordinario las osadías del escorzo, los alardes anatómicos de Rubens o Buonarroti, la opulencia de colorido que distinguió a los venecianos. Predomina así en sus formas el carácter hierático, quiero decir: el aspecto devoto que convida al apartamiento de las fruiciones vulgares, y nos remonta a las esferas de lo sobrenatural, aunque la acción figurada tenga por escenario las abiertas campiñas, la penumbra del aposento monástico, o la oscura mansión de Nazaret. De igual manera el relámpago descubre por instantes la encantadas perspectivas que vela el palio de la sombra.

El maestro fue simultáneamente idealista y realista. En él se anundan la sofrosine o templanza de Apolo, y el vigor de Dionisios. Pero el realismo suyo, muy lejos de aquel con que los modernos desvirtúan lo sagrado, apenas le prestó apoyo para elevarse sobre el plano de este suelo, en un ambiente donde el triunfo de la luz, mejor encubre que revela muchos designios del artista. ¿Qué enigmas de su espíritu formuló con su técnica, señaló en los ademanes, insinuó en la gradación y finura de los matices, o envolvió en los pliegues de los ropajes?

No sé si la incomprensión o el entusiasmo extravían mi juicio. La pátina de trescientos años habrá imprecisado en muchos casos los contornos de las masas y los rostros. Quizá me justifique la prerrogativa que los grandes ingenios como Durero, Cervantes o Wagner tienen, de legar vasto campo a la investigación y a las conjeturas del porvenir. Lo cierto es que al estudiar en conjunto la producción de nuestro antepasado, pareceme circuida por un aire de misterio. De pronto ese aire se agita —como el soplo que retoza en la espesura y baja desde las altas copas susurrando extraño idioma de acentos hondos, de voces que vibran con énfasis o se apagan al compás de los movimientos y actitudes de los cuerpos. Son ráfagas de ultramundo que sacuden paños y cabelleras, y van a extinguirse en el bosquejo de los fondos apaisados. Grupos hay, donde al reparto de los tonos vivos y de las tintas neutras, la esbeltez de algunas figuras y su ordenanza, todo ello transferido a otra categoría de percepciones, semeja lenguaje de acordes, mediante la correspondencia que existe entre los fenómenos vi-

suales y los eufónicos, relacionados por el sentimiento y el raciocinio. Entonces creyérase distinguir un concierto de líneas que juegan con los demás elementos pictóricos y se acomodan al ritmo de un motivo intelectual, de una lírica trascendente, que ora es canto heroico en Josué deteniendo el sol, ora idilio en Belén o elegía en el Descendimiento, salmodia filosófica en el huerto de Agustín de Hipona, madrigal en Rosa de Lima, y epitalamio en el delirio de Catalina de Sena. En ocasiones la persistencia de la melodía interior provoca fatiga en las facultades del dibujante, el compositor o el colorista. La premura en obras de encargo se acusa con descuidos de tal cual diseño y con posturas lascias. Falla la pericia con algún anacronismo. Sin embargo y por encima de todos los defectos de ejecución flota la idea primordial que no decae, concentrada en el fulgor de las pupilas sobre los semblantes demacrados de Magdalena, el Apóstol de Guzmán y el Patriarca de Umbría, reflejando los castísimos destellos que alumbran a los limpios de corazón.

Nació Vásquez de Arce en el mes de la Virgen, como elegido para trazar en variados episodios el poema de la Augusta Señora, y realzar sus atributos. Si mentalmente agrupásemos como en el fresco de las Sibilas de Sanzio, las efigies marianas que iluminó con su gama la paleta del santafereño, se formara una grandiosa letanía, destinada a la glorificación de la Maternidad, de la Pureza, de las excelencias todas de la Reina de los cielos. Vásquez la veneró y amó con el fervor de su progenie española y de su filiación americana. A Ella ofrendará el final esfuerzo, antes que la lumbrera de su razón se eclipse y se abisme en el ocaso fúnebre. Para exaltar a la Concepción Inmaculada, rebusca en el acervo de sus pías añoranzas, y escoge los mejores emblemas; extiende en el espacio celajes de ópalo, nácar y albores ambarinos; convoca a su bastidor un cortejo seráfico que presenta guirnaidas de flores, ramos de laurel y gajos de azucenas, segados en los valles del Paraíso; agolpa en torno los ideogramas de la hiperdulía, bañados con rayos de la aurora eterna que ahuyenta abajo la sierpe del Bátorro, mientras arriba los alados geniecillos se aprestan a entonar el cántico de exultación que resuena por la amplitud del universo: "Toda pulcra eres, María; y en Ti no hay mancha original".

El suave esplendor de la Estrella Matutina y de la Rosa Mística habían inspirado a Vásquez esa blandura de rasgos que divulgaron los talleres de Sevilla, o la exquisita morbidez cromática, propia de los maestros de Ferrara. Cuántas Virgenes suyas con el Niño, se acercan a las delicadezas de Correggio.

Su natalicio recayó el día onomástico de San Gregorio de Nacianzo, feliz augurio del pictógrafo que en rimas de colores emularía las dotes poéticas del Doctor bizantino al par que le imitaría en la enseñanza teológica. ¿Pues no equivalen los retablos y homilias? ¿No ayudó Vásquez a la catequesis de los misicneros y curas doctrineros? ¿No es el arte sacro una traslación de los conceptos divinos, y lección objetiva de las verdades reveladas? ¿No obedece a lo que el Sínodo de Arras inculcaba en la Edad Media: "Aquello que por la escritura no pueden aprender los iletrados, ha de serles enseñado por la pintura"? Ejerce además el arte religioso un magisterio social, porque al traducir las creencias influye en las costumbres; y siendo una manera del honor debido a Dios, educa igualmente el gusto de lo bello, comprobando que de todas suertes la Religión es madre de la cultura, así como ésta es elemento de la sociedad.

Mal podría yo, según esto, quitar a mi discurso la intención apoiogética, o dejar de manifestar aquí solemnemente que el homenaje rendido por nuestra Academia histórica a Vásquez Ceballos, benemérito de la Iglesia y de su nación, cobra un alto significado espiritual. Singularmente lo adquiere para la ciudad que fue cuna del hidalgo, relicario de sus talentos, teatro de sus labores por media centuria, y asilo de sus recónditas cenizas. Nada es la distancia que de él nos separa: el prohombre de la Colonia ha seguido conviviendo amigablemente en medio de nosotros por una presencia virtual que vence el curso de los tiempos. Sus cuadros acogieron las miradas y plegarias de diez generaciones que los han llevado impresos por el cariño en la retina de la memoria, como guardo yo en lo más íntimo las semblanzas de mis padres, y el rostro de un Jesús Adolescente que el día de mi primera comunión y el de mi primera misa decoraba el altar de esta capilla, santuario de la Eucaristía y del arte regional.

Ya el creador de tantas vislumbres celestiales las ha trocado por la visión beatífica. El que hizo descender entre nimbos los heraldos de paz y de gloria, se ha reunido con ellos, y ante el Trono de la Sabiduría mira sin ofuscarse los resplandores celebrados por Fray Luis, de la luz pura que jamás anochece; descifra el arcano de todas las armonías, y sacia los anhelos no colmados acá en la tierra.

A fin de suplir el vano empeño de mis elogios, y conocer mejor la personalidad que enaltece, háblennos esos seres sobrehumanos, inmortales, conjurados por el sortilegio de su fantasía. San Eustaquio (o más bien san Huberto) nos recordará sus aficiones cinegéticas; y San Jorge, vencedor del

dragón, podrá ser alegría de los obstáculos que el aprendiz superó en su carrera. Digno tema de la inventiva es aquel mártir de Capadocia, transfigurado en paladín medioeval por la Leyenda Aurea, que hizo de él un Sigurd o un andante Galaor de la Hagiografía; patrono de la orden militar instituida por la munificencia del rey de Aragón, quien le invocó en sus gestas, le consagró el castillo de Alfama y le blasonó con cruz de gules, para que más tarde fuera epónimo de los caballeros de Montesa, bajo el auspicio de Nuestra Señora. ¿Cómo no pensar que en el trasunto de tal héroe dejó Vásquez adivinar algo de sus aspiraciones romancescas?

La "Recolección del maná", donde se sospecha que en primer término pintó a su esposa y a sus hijos, es remembranza del peregrino que al plantar su tolda en el yermo de la existencia tuvo el mayor halago en los goces familiares, y en saborear el dón nutricional de su milagroso ingenio, acendrado por la meditación. Despierte el guerrero del "Campo madianita", para contarnos que en la tregua de la lucha y en las sombras de la tristeza velaron su reposo los altos ensueños. El profeta que descansa al arrimo del enebro, sugiere el viaje de otro visitante solitario, a quien el mensajero del Señor regala con el Pan de los Fuertes, alimento de su piedad, y presagio de la fama artística que dará satisfacción a su esperanza cuando se incorpore y emprenda el camino de los días futuros.

Los exploradores del país prometido se apresuran a traernos la vendimia de la inspiración, fruto del Edén que cultivó una mente privilegiada. El Hércules hebreo nos invita y persuade a gustar el trozo del panal cuyo néctar sazonaron aquí las abejas helénicas, después que dejando el jardín de Paraíso emigraron a las orillas fecundas del Guadalquivir, y de allá vinieron a rondar nuestros vergeles y a depositar su carga en este retiro de los Andes, ficción de las praderas áticas. ¿Qué nos declara el regio arpista coronado de lauros y diadema, al acentuar con notas de cadencia el giro de su danza? Nos dice que su estro y los transportes de la pasión sublime, comunicados al intérprete de la belleza, son más vehementes que la catarsis del drama antiguo; más que el rapto de Orfeo y los sacerdotes saliares, y más que el júbilo de Sófocles ceñido de mirtos, cuando en Atenas condujo el coro apolíneo del peán para festejar la victoria de Salamina. Ante el Arca del Pacto primitivo, anuncio del sagrario donde reside el Autor de toda perfección, el Ejemplar y Artífice Supremo, el más hermoso entre los hijos de los hombres, el que tiene sus delicias en habitar con ellos, se renueva el ahinco de un amor excelso: del mismo que en labios de Habacuc profirió estas palabras: "Me regocijaré y sal-

taré de alborozo delante de Jehovah, Salvador mío; y El me guiará a las alturas, cantando himnos.”

Contemplad ahora la faz nobilísima del Cristo del Cenáculo. Ahí la resignación preludia el sacrificio cruento y los vales postreros de la víctima y triste hasta la muerte, va a someterse a la potestad de las tinieblas. Mas en las adumbraciones del trágico recinto Vásquez también escondió el presentimiento de otras tinieblas que a él pronto le aguardaban: las de la injusticia, las de la locura y las del sepulcro, donde el secreto de su maestría quedará enterrado para siempre con los despojos.

La noche ha pasado. Y este centenario natalicio, revaluación que hacemos de los merecimientos de Gregorio Vásquez, tributo de pleitesía con que la inteligencia, el culto estético y la buena voluntad de un pueblo esclarecen su memoria, iucirá en los fastos de las bellas artes colombianas. Así en el confin de nuestras llanuras una pompa de árboles circunda el orto del astro que torna a correr su vía triunfal hacia el cenit.

Sábase de Carlos Quinto que cierta vez se inclinó a recoger el pincel caído de la diestra del Ticiano. El monarca se lo devolvió acompañando el favor con la honra de una alabanza magnífica, que ha despertado eco en la posteridad. A ejemplo suyo la Patria, personificada hoy en la musa de la historia, alza del polvo el utensilio prodigioso abandonado por Vásquez al tender el vuelo de ultratumba; le llama y se lo entrega convertido en cetro, donde brillan como engastadas gemas la gratitud, el acatamiento y la fiel admiración de tres siglos.

JUAN C. GARCIA

